

# El Quijote en las aulas



Claudio Martín

## **REPARTO**

---

### **ACTOR PRIMERO**

*NARRADOR*

*SANSÓN CARRASCO*

*CONDESA*

*VIEJO*

*CRIADO*

### **ACTOR SEGUNDO**

*QUIJOTE*

*VIEJO*

### **ACTOR TERCERO**

*POSADERO*

*SANCHO*

---

DURACIÓN APROXIMADA 35 MINUTOS

*Los alumnos-espectadores estarán situados en el fondo del aula en semicírculo, sentados sobre cojines; de tal manera que la estructura que sirva como forillo, para tener el atrezo y el vestuario, quede centrada y no pueda ser vista su parte trasera.*

**NARRADOR.**—*(Entrando desde el forillo y paseando por entre los alumnos.)* En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. *(Pausa.)* El hidalgo se dio a leer libros de caballería con tanta afición y gusto que de poco dormir y mucho leer vino a perder el juicio. Cierta mañana, sin avisar a nadie de su intención, cogió todas las armas que poseía y salió al campo por la puerta del corral.

**QUIJOTE.**—*(Sale frontalmente del forillo. Monta a Rocinante.)* Me llamaré Don Quijote de La Mancha. Tú serás desde ahora Rocinante. Y, como es forzoso que todo caballero andante tenga una dama como señora de sus pensamientos, será Dulcinea del Toboso mi guía, norte y acicate de mis hazañas.

**NARRADOR.**—Esa tal Dulcinea no era otra que una campesina más bruta que una bellota y más fea que un calcetín roto.

**QUIJOTE.**—Si venzo a algún gigante, como le suele ocurrir a los caballeros andantes, le ordenaré que se presente ante ella y le cuente mis hazañas.

**NARRADOR.**—Pero algo le faltaba a nuestro hidalgo caballero.

**QUIJOTE.**—¡Desdichado de mí, ¿cómo puedo emprender alguna aventura si todavía no soy caballero? Me dirigiré a aquel castillo y le pediré a su alcaide que tenga la merced de nombrarme caballero.

**POSADERO.**—*(Entrando de entre la estructura.)**(A Narrador.)* Muchacho, hazte cargo del caballo de este señor.

**QUIJOTE.**—Atendedlo, os lo ruego, como si se tratara de Bucéfalo, el mismísimo caballo de Alejandro Magno.

**NARRADOR.**—Descuidad, mi señor. *(Sale con Rocinante.)*

**POSADERO.**—Disponed de mi humilde venta. En ella encontraréis lecho limpio para vuestro descanso y buenas viandas para llenar vuestro estómago.

**QUIJOTE.**—No es descanso ni alimento lo que procuro de vuestra merced. De aquí, de donde me veis, no habré de moverme, en todos los días de mi vida, hasta que vuestra cortesía me otorgue el don de armarme caballero.

**POSADERO.**—*(Aparte.)* Me da en las narices que este larguirucho no anda muy allá en sus cabales. Mejor será seguirle la corriente no sea que por contradecirle me escandalice toda la posada. *(A Quijote.)* Cómo no, mi señor, para tal ceremonia habréis de velar durante toda la noche vuestras armas en este mi patio y a la mañana, bien temprano, yo os armaré caballero. *(Posadero sale.) (Quijote deja sus armas apoyadas sobre la estructura y comienza a pasear de derecha a izquierda con paso firme.) (Suenan grillos.)*

**NARRADOR.**—*(Entra.) (Cantando/recitando.)*

Toda la noche pasó,  
nuestro infeliz caballero,  
guardando con todo recelo,  
no sólo la adarga y la lanza,  
sino que hasta  
a los grillos  
y luciérnagas  
les impidió  
que tocaran  
ni una sola  
de sus armas.

*(Narrador golpea sin querer la armadura. Quijote arremete contra él.)*

**QUIJOTE.**—*(Golpeando a Narrador y ambos corriendo en círculo.)* Acorredme, mi señora Dulcinea, en esta mi primera afrenta, no me desfallezca en este trance vuestro favor y amparo.

**POSADERO.**—*(Entra.)* ¡Calmaos, señor! Y no gritéis más sino queréis despertar a toda la posada.

**NARRADOR.**—¡Ay, señor posadero, que no sé siquiera que he hecho para que éste, de las patas largas, arremeta contra mí como si el alma le hubiera robado!

**QUIJOTE.**—¡Atrevido, insensato, más que en el alma me has herido al profanar mis armas!

**POSADERO.**—¡Tengamos calma! *(A Quijote.)* Y vos, señor, arrodillaos que, por lo que veo, ya ha sido suficiente la vela que por las armas habéis hecho. Y además ya viene clareando, con lo que acabemos pronto, que yo os nombraré caballero tantas veces como vos me lo pidáis.

**QUIJOTE.**—Que no hará falta nada más que una.

**POSADERO.**—Pues al tajo. Arrodillaos. *(Quijote se arrodilla.)* “Dios haga nuestro hidalgo muy venturoso caballero y le dé gloria en conflictos” ¡Hala! Ya sois caballero. Recoged vuestras armas, montad en vuestro caballo y comenzad a buscar tantas aventuras como estrellas tiene el firmamento, pero que ninguna sea es esta mi posada. *(Salen Quijote y Posadero.)*

**NARRADOR.**—Así fue don Quijote nombrado caballero. Y tras aparejar a Rocinante decidió regresar a su aldea, donde, según él, debía completar las necesarias prevenciones que un caballero andante debe llevar consigo; siendo la primera y principal la de hacerse de un escudero... *(A los alumnos.)* Y ahora estad bien prevenidos porque se acerca la primera aventura. Aquí todos me tenéis que ayudar. Cuando yo os haga una señal levantaremos los brazos y los moveremos como si fueran las aspas de los molinos de viento. Voy a ocultarme aquí porque ya llegan. *(Se oculta en un lado.) (Entran por el centro Quijote y Sancho.)*

**QUIJOTE.**—Dígame Sancho, que no has de arrepentirte de haber abandonado a tu mujer y a tus hijos por servirme de escudero.

**SANCHO.**—Así será, mi señor don Quijote, si a vuestra merced no se le olvida la ínsula que me ha prometido.

**QUIJOTE.**—No temas, amigo Sancho, pues has de saber, que fue costumbre muy usada en los caballeros andantes, hacer gobernadores a sus escuderos de las ínsulas y reinos que ganaban, (*Narrador hace señas y todos los alumnos mueven los brazos.*) pero callad ahora y prestemos atención a esos gigantes que descubro en lontananza.

**SANCHO.**—¿Gigantes, mi señor?

**QUIJOTE.**—La aventura va guiando nuestros pasos. Voy a librar reñida batalla con esos desaforados que tan descomunadamente baten sus largos brazos.

**SANCHO.**—Advierto a vuestra merced que son molinos de viento.

**QUIJOTE.**—Bien se ve, Sancho, que no estás cursado en esto de las aventuras: son gigantes, pero si tienes miedo quítate de ahí y ponte en oración, que yo voy a entrar con ellos en fiera y desigual batalla. ¡No huyáis, cobardes y viles criaturas! Un solo caballero es el que os acomete, y aunque mováis más brazos, que los del gigante Briareo, me lo habéis de pagar. (*Sale atacando por el centro del forillo. Sancho queda en escena. Narrador ríe y hace señal a los alumnos para que dejen de hacer aspavientos.*)(*Ruido de golpes.*)(*Quijote entra, quejándose, con la indumentaria torcida y mal colocada.*)

**SANCHO.**—¡Válgame Dios! ¿No le dije a vuestra merced que mirara bien lo que hacía, pues no eran gigantes sino molinos?

**QUIJOTE.**—Callad, amigo Sancho, que el sabio Frestón o algún otro hechicero ha convertido estos gigantes en molinos para quitarme la gloria de su vencimiento, pero al final poco han de valer sus malas artes contra la bondad de mi espada. (*Sancho ayuda a Quijote a salir por el centro.*)

**NARRADOR.**—En los días siguientes, después de remediar los dolores y arreglar su armadura, don Quijote y Sancho prosiguieron su camino viéndose envueltos en numerosos lances, saliendo de todos ellos, sin excepción alguna, molidos y apaleados. Hasta el bonachón de Sancho fue manteado en el patio de una venta. (*Transición. Saca una bacía del zurrón y se coloca en la cabeza*) Pero, un día, ya de tarde, iba yo camino de mi casa, después de haber afeitado y arreglado los bigotes a un tartamudo, cuando, por protegerme de la calor, no se me ocurrió otra cosa que

ponerme, a modo sombrero, esta bacía: la que uso para arreglar las barbas a mis clientes. Entonces a lo lejos vi a los dos aventureros... (*Entran Quijote y Sancho por la zona opuesta.*)

**QUIJOTE.**—Alegra el ánimo, Sancho, que ahí tenemos una nueva aventura. Ese hombre lleva sobre su cabeza el yelmo de Mambrino y se lo tengo de arrebatarse.

**SANCHO.**—Mire bien lo que dice vuestra merced, que lo que ese hombre lleva en su cabeza no es yelmo sino bacía de barbero.

**QUIJOTE.**—¡Qué locuras dices! ¡Aparta! (*Atacando a Narrador.*) ¡Defiéndete, cautiva criatura, o entrégame de tu voluntad lo que con tanta razón se me debe! (*Narrador, después de recibir algún espadazo, sale.*) (*Quijote se coloca la bacía.*) (*Sancho ríe.*) ¿De qué te ríes Sancho?

**SANCHO.**—De que, vuestra merced, estime que es yelmo de oro purísimo lo que sólo es bacía de latón.

**QUIJOTE.**—Deja las risas y vayamos ahora a cosa de capital importancia. Ayer escribí a mi señora Dulcinea esta carta (*La saca de un bolsillo de la camisa.*). Quiero, Sancho, que regreses a la aldea y en propia mano se la entregues, mientras yo quedo en estos parajes ayunando y haciendo penitencia. (*Quijote queda retrasado mientras Sancho avanza.*) (*Traspuesto.*) ¡Oh! Dulce Dulcinea, día de mi noche y gloria de mi pena, considera el lugar y estado a que tu ausencia me ha conducido. (*Diciendo esto sale por le forillo.*)

**SANCHO.**—(*A los alumnos.*) Ésta es mi oportunidad. Ahora podré buscar ayuda para intentar apartar de esta locura a señor don Quijote.

**SANSÓN CARRASCO.**—(*Entrando.*) ¡Sancho, dichosos los ojos que te ven! ¿Por fin habéis regresado a la aldea?

**SANCHO.**—Nada de eso señor bachiller Sansón Carrasco. Vengo a solicitaros ayuda para, de alguna manera, convencer a mi amo que se deje de tantos desvaríos y vuelva lo antes posible a la paz de su casa.

**SANSÓN CARRASCO.**—¿Y en qué puedo serte útil?

**SANCHO.**—Quizá, si vos os disfrazaseis de caballero andante y os batieseis con él, podrías exigirle a modo de penitencia que regresara a su casa y que jamás volviese a la aventura.

**SANSÓN CARRASCO.**—Pero yo no soy diestro en la espada.

**SANCHO.**—No creáis que mi señor lo es. Además es viejo y de tantos palos y golpes que ha recibido se mueve con torpeza: no os será difícil vencerlo. Por lo demás no quiero, en modo alguno, que lo hiráis, tan sólo habréis de desarmarlo y obligarlo a que se arrepienta.

**SANSÓN CARRASCO.**—Demasiada confianza depositas en mí, pero todo sea por el cariño que os tengo a vos y a vuestro amo y sobre todo por las veces que me dio cama y sustento cuando lo necesité.

**SANCHO.**—Corred a disfrazaros de la mejor y atinada forma que podáis y mañana a mediodía presentaos como furioso caballero que pondrá en duda la belleza de su Dulcinea.

**SANSÓN CARRASCO.**—Así lo haré. *(Sale por un lateral.)*

**SANCHO.**—*(A los alumnos.)* Esperemos que el bachiller Sansón Carrasco pueda vencer a mi amo y así, de una vez y por todas, volvamos a nuestras casas, que yo ya la estoy echado de menos.

**QUIJOTE.**—*(Entrando desde el centro del forillo.)* ¿Qué murmuras, Sancho?

**SANCHO.**—Nada, mi señor, cosas mía, que a vos, por ser de rucios y mulas, poco os interesan.

**QUIJOTE.**—¿Entregaste la carta a mi dama Dulcinea?

**SANCHO.**—¡Oh! Sí, mi señor, y no sabéis con la alegría que la recibió. Tanta que rompió a llorar y de tal manera que de no apresurarse hubiera borrado cada una de las letras que sobre el papel había. Mándame deciros que es presa de vuestra valentía, y que no añora más que entregaros su mano y su corazón.



**QUIJOTE.**—¡Oh! ¡Dama de mis desvelos, meta de mis pasiones! ¡Mi simpar Dulcinea!

**SANSÓN CARRASCO.**—(*Entrando por el centro del forillo.*) ¡Alto y callad! ¡No entréis en falsos testimonios y confesadme que la más hermosa del mundo es mi perfecta Casildea de Vandalia! ¡Que no hay ninguna como ella, ni en blancura ni fineza!

**QUIJOTE.**—¡Nunca tal confesaré! Conmigo habéis de entrar en batalla si no admitís que la más bella es mi señora Dulcinea del tobozo.

**SANSÓN CARRASCO.**—¡Jamás he de admitirlo!

**QUIJOTE.**—¡A fe de don Quijote de La Mancha, que os haré morder el polvo! (*Se enzarzan a golpes. Quijote lo tumba y le pone la espada en el cuello.*)

**SANCHO.**—(*En su ayuda.*) ¡Alto, mi señor! ¡Santo cielo, por lo que más queráis! ¡No le hagáis daño! (*Descubriéndolo.*) ¡Oh, Dios mío! ¿No es éste el bachiller Sansón Carrasco?

**QUIJOTE.**—No es tal, amigo Sancho. Algún hechicero ha mudado el rostro de mi enemigo. (*A Sansón Carrasco.*) Muerto sois, caballero, si no confesáis que la sin par Dulcinea del Toboso aventaja en gracia y belleza a vuestra Casildea de Vandalia.

**SANSÓN CARRASCO.**—(*Con miedo.*) Confieso que más vale el zapato descosido y sucio de Dulcinea, que las barbas mal peinadas, pero limpias, de Casildea de Vandalia.

**SANCHO.**—¡No le hagáis daño, mi amo!, que bien ha honrado a vuestra señora y dejad que parta, que los pescozones y puñadas que le habéis dado le servirán de recuerdo de vuestra victoria.

**QUIJOTE.**—Está bien, idos libre. (*Sansón Carrasco sale.*) Querido Sancho, parece que el sol quiere ocultarse, las sombras largas predicen el ocaso y menester será ir buscando algún lugar donde dejar que descansen nuestros huesos.

**SANCHO.**—Sí, mi señor. El día ha venido cargado de demasiados sobresaltos y nuestros cuerpos agradecerán el descanso aunque en un jergón de paja sea.

**QUIJOTE.**—Hala, que nos vamos. *(Salen por un lateral.)*

**CONDESA.**—*(Entra junto con Clavileño por el centro del forillo. Va disfrazado.)* ¡Arre, arre, caballo! Aguarda aquí un momento que voy a hablar con mis invitados. *(Coloca el caballo de madera en el centro y se dirige a los alumnos.)* *(Se despega la barba para ser identificado mejor.)* Soy yo otra vez, pero ahora me he querido disfrazar de la condesa Trifaldi, porque voy gustarle, a nuestros dos aventureros, una de las más sonoras y divertidas bromas que os podáis imaginar; por lo menos, a mí es de las que más me gustan. Veréis: este caballo de madera que traigo va a servir para... bueno mejor no os cuento nada. Prefiero que lo veáis y así será mucho más divertido. Me pongo en situación. *(Transición.)* *(Llora a grito pelado.)* ¡Ay, desdichada de mí! ¡Ay, tormento fatal!

**QUIJOTE.**—*(Entrando ambos.)* ¡Que gritos son esos y a horas tan tempranas!

**SANCHO.**—Es una dama, mi señor. Pero fijaos, luce unas barbas tan copiosas como las de un macho cabrío.

**QUIJOTE.**—¡Dios, es verdad! *(Se acerca.)* ¿Quién sois, señora dama?

**CONDESA.**—*(Llora.)* Soy la Condesa Trifaldi, por otro nombre la Dueña Dolorida, a quien el hechicero Malambruno ha cubierto el rostro con la aspereza de estas cerdas.

**QUIJOTE.**—Yo me raparía las mías, señora, si pudiera remediar las vuestras.

**CONDESA.**—Acepto vuestra promesa, valeroso caballero, pero mis barbas no pueden ser rapadas con el sacrificio de las vuestras sino cabalgando sobre Clavileño *(Señala el caballo de madera.)*, el caballo de madera que sirvió al valeroso Pierres para raptar a la linda Maganola.

**QUIJOTE.**—No me descontenta la aventura, ¿pero con que freno o con qué jáquima se gobierna?

**CONDESA.**—Con una clavija que lleva encima. Con la que se le hace cabalgar por la tierra o volar por los aires.

**SANCHO.**—¡Ah! Yo no subo, porque ni tengo ánimo para ello, ni soy caballero.

**QUIJOTE.**—(*Amenazador.*) Mejor será, Sancho, que subas a la grupa, no sea que ese antojo de cobardía ablande mi determinación y lo que prometí que sería el gobierno de una ínsula quede en nada.

**SANCHO.**—(*Sube en Clavileño.*) Lo haré por no dejar a mi señor cabalgar solo en este extraño caballo, pero que sepa que mi olfato y prudencia me aconseja lo contrario.

**CONDESA.**—Otra de las condiciones que puso el hechicero Malambruno fue que aquellos que montaran sobre Clavileño habrían de vendarse los ojos para no descubrir las artes secretas que rodean estos trucos.

**QUIJOTE.**—¡Todo sea por libraos de esas barbas que tan desfiguradamente afean vuestro rostro! (*Ambos suben sobre Clavileño.*) (*Condesa les da vendas; ellos se las atan.*) ¡Mudemos la clavija hacia los aires! ¡Da espuelas, Sancho, y agárrate a mi cintura si tienes miedo a quedar descabalgado!

**CONDESA.**—¡Dios te guíe, audaz caballero! ¡Tente, valeroso Sancho, que ya vais por los aires! (*A los alumnos.*) Sacad los abanicos y agitadlos los más rápido y con fuerza que podáis para hacer creer a don Quijote y su escudero que el viento los eleva y están alcanzando las nubes. (*Los alumnos baten los abanicos.*)

**QUIJOTE.**—Cierto ha de ser eso, Sancho, y la cosa va como ha de ir, pues el viento llevamos en la ropa.

**SANCHO.**—¡Por lo que más quiera, señor, agarre con fuerza la jáquima, que por este vendaval que azota de costado estaremos lo menos a trece varas de altura.

**CONDESA.**—(*A los alumnos.*) Ahora, para hacerles creer que atraviesan las nubes, los de esta parte haremos el sonido de la lluvia y los de aquella

imitarán a las tormentas haciendo truenos y relámpagos. *(Los alumnos lo hacen.)*

**QUIJOTE.**—Más arriba intuyo yo, que esta humedad no puede ser de otro origen que el roce con las nubes.

**SANCHO.**—¡Sin dudas estamos entre nubes, porque no vea usted como truena la tormenta!

**QUIJOTE.**—Tranquilo, amigo Sancho, que aún nos hemos de elevar más.

**SANCHO.**—¡Más, mi señor don Quijote!

**QUIJOTE.**—¡Más, más... hasta alcanzar el sol!

**SANCHO.**—¿Por qué tan alto? Piénselo, mi amo, y deje de tomar altura que como Clavileño dé un respingo no es seguro que bajemos a la tierra si no, Dios sabe, en qué extraño planeta aterrizaremos.

**QUIJOTE.**—Clama, escudero, y nota la presencia del sol, pues ya lo vamos alcanzando.

**SANCHO.**—¿El sol mi señor?

**CONDESA.**—*(A los alumnos.)* Para hacerles creer que están altos como el sol vamos a encender las linternas y alumbrarlos, así creerán que les llegan sus destellos. *(Los alumnos lo hacen.)*

**SANCHO.**—Señor, bien se nota que sois leído, pues el sol no puede andar muy lejos, ya que, incluso a través de la venda, noto su brillo y el calor me hace sudar incluso más que en agosto cuando trillo la cebada.

**QUIJOTE.**—Razón llevas, que el replador traspasa la venda y las manos me arden como si tuviera delante una candela.

**CONDESA.**—*(A los alumnos.)* Ahora, para acabar con esta burla voy a hacer estallar estos petardos. Eso los asustará tanto que los hará bajarse de Clavileño. *(Prende unos petardos. El estallido apea a Quijote y a Sancho.)*

**QUIJOTE.**—¡Santos Dios! ¿Hemos chocado con el sol?

**SANCHO.**—¡Ay, señor! ¿Dónde estoy, que ha pasado? *(Ambos de quitan las vendas.)*

**CONDESA.**—*(Que se ha quitado las barbas.)* ¡Gracias, ínclito caballero! Malambruno se da por satisfecho por tu valor, y mis barbas, como puedes ver, han quedado lisas y mondas! Quiero mostraros a ambos mi agradecimiento. A vos, mi señor don Quijote, os daré a elegir de mi armería el alfanje y la lanza que más os guste *(Le hace indicaciones para que salga por el centro del forillo.)*

**QUIJOTE.**—Gracias, hermosa damisela.

**CONDESA.**— Y a ti, mi querido Sancho, dispongo que principiéis a gobernar vuestra ínsula de Barataria.

**SANCHO.**—Gracias, mi señora condesa.

**QUIJOTE.**—Recuerda mis consejos, Sancho. Dios te guíe y te gobierne en tu gobierno.

**SANCHO.**—Señor, si a vuestra merced le parece que no soy digno de este cargo, desde aquí lo suelto. Si he de poner en peligro mi alma, prefiero ser Sancho a secas, con pan y cebolla, que gobernador con perdices y capones.

**QUIJOTE.**—Por Dios, Sancho, que sólo por estas razones que has dicho, mereces ser gobernador de mil ínsulas. Encomiéndate a Dios y procura no errar. *(Sale.)*

**CONDESA.**—Es costumbre muy antigua en esta ínsula, señor Sancho, que el que viene a tomar posesión del gobierno ponga a prueba su ingenio.

**SANCHO.**—Nada, pues adelante con la prueba.

**CONDESA.**—Es el caso, señor, que a la entrada de esta villa hay un puente, y en la mitad del puente hay una horca. Y está mandado que a todo el que pase el puente se le pregunte a dónde va. Si contesta la verdad, se le deja ir libremente; pero si contesta mentira, se le debe ahorcar allí mismo.

Pues bien, esta mañana llegó al puente un hombre, y al preguntarle los centinelas a dónde iba, contestó: “Voy a morir en esa horca.” Y ahí está lo grave, señor gobernador: que no hay manera de cumplir con la ley. Porque si se le deja libre resultará que se le deja habiendo dicho mentira, y si se le ahorca resultará que se le ahorca habiendo dicho verdad. ¿Cuál es vuestra sentencia?

**SANCHO.**—(*Se rasca la cabeza resoplando.*) Vamos despacio, que juez que mal se informa nunca bien pronuncia. ¿Manda la ley que al que diga verdad se le deje ir libre y al que diga mentira se le ahorque?

**CONDESA.**—Así es.

**SANCHO.**—Y ese hombre, al preguntarle ¿adónde vas? contesta: a morir en esa horca.

**CONDESA.**—Así es también.

**SANCHO.**—Luego si se le deja ir libre no se cumple con la ley porque ha dicho mentira, y si se le ahorca tampoco se cumple con la ley porque ha dicho verdad.

**CONDESA.**—Así mismo.

**SANCHO.**—¿Y ése es todo el intrínquilis? Pues a fe que, este negocio se resuelve en un santiamén. Porque si no hay manera humana de ahorcar a medio hombre dejando en libertad al otro medio, ni condenándole ni perdonándole se cumple con la ley..., lo que sobra es la ley. Conque perdónese a ese hombre, que de doblarse alguna vez la vara de la justicia, más vale que se doble hacia la misericordia que no hacia el castigo. Ésta es mi sentencia.

**CONDESA.**—Muy bien resuelto, señor gobernador. Esperad aquí. Voy a ver si aún queda algún caso por resolver. (*Sale.*)

**SANCHO.**—(*Orgullosa.*) “Señor gobernador”... Que maravillosamente suena eso. Ya era hora que tuviera mi recompensa, que no he ahorrado en fatigas, quebrantos, moratones y hasta costillas rotas por alcanzar este puesto.

**VIEJO.**—(*Asomándose desde el forillo.*) Da su señoría su permiso.

**SANCHO.**—Adelante, buen hombre. (*A los alumnos.*) Esto debe ser otro pleito. (*A Viejo que entra acompañado de Viejo.*) Avanzad, avanzad. Exponed vuestras cuitas, y no menospreciéis ninguna, que un simple detalle puede decidir la sentencia.

**VIEJO.**—Es el caso, señor, que este vecino mío me pidió prestados hace tiempo diez escudos. Se los di con la mejor voluntad y he tardado en pedírselos todo lo que he podido por no ponerlo en apuro. Pero ahora, que los necesito, se niega a devolvérmelos, porque dice que ya lo hizo y que no me acuerdo.

**SANCHO.**—¿Tenéis pruebas de la entrega del dinero, buen viejo?

**VIEJO.**—Ahí está lo malo: que como le tenía por amigo, le di los escudos sin firma ni testigos.

**SANCHO.**—¿Y qué queréis que haga yo entonces, hermano? Si no tenéis documento ni testigo alguno que lo acredite es vuestra palabra contra la suya: vos diréis siempre que no y él dirá siempre que sí. Esta situación no nos lleva a ninguna parte.

**VIEJO.**—Sólo pido a vuestra señoría que le tome juramento público y solemne.

**SANCHO.**—Pero, ¿para qué?

**VIEJO.**—Porque, a pesar de todo, lo considero hombre de palabra y temeroso de Dios. Y si se atreve a jurar públicamente que me los ha devuelto, aceptaré que así es y que soy yo el que lo ha olvidado.

**SANCHO.**—En fin, procedamos. (*A Viejo.*) ¿Estáis dispuesto a jurar que le habéis devuelto los diez escudos?

**VIEJO.**—Dispuesto estoy. Tenme este báculo un momento, vecino. (*Entrega el báculo a Viejo, avanza y levanta la mano derecha en alto.*) Yo confieso ante Dios, que éste, mi vecino, me prestó los diez escudos de oro. Y juro por la salvación de mi alma que se los he devuelto, poniéndolos con

mi propia mano en su propia mano, solemne y públicamente. ¡Que el cielo me condene si miento!

**SANCHO.**—Hecho está el juramento. ¿Puedo hacer algo más por vos?

**QUIJOTE.**—Nada, señor. Por encima de todo es cristiano viejo y no va a condenar su alma por diez escudos. No hay duda de que él tiene la razón. Toma tu báculo, hermano, y quede saldada la deuda para aquí y para delante de Dios.

**VIEJO.**—Así sea. (*Recoge el báculo.*) ¿Puedo retirarme, señor?

**SANCHO.**—Aguarda un poco. (*Meditando.*) ¿De manera que se los habéis devuelto... con vuestra propia mano... en su propia mano... solemne y públicamente?

**VIEJO.**—Así fue.

**SANCHO.**—¿Y tanto os estorbaba ese báculo que no habéis podido jurar con él? A ver, dádmelo acá. ¡Pronto!

**VIEJO.**—¿Por qué, señor?

**SANCHO.**—Porque algo me huele aquí a gato encerrado. Y a fe mía que si lo hay, es dentro de este báculo donde debe de estar. (*Examina el báculo. Lo desenrosca.*) ¡Aja! ¿No lo dije? ¡Aquí está el gato! (*A Viejo.*) Tomad vuestros escudos, buen hombre e idos tranquilos y con la justicia hecha.

**VIEJO.**—Gracias, señoría. (*Sale.*)

**SANCHO.**—(*A Viejo.*) Y vos, habilidoso rufián, entrad adentro para que mi secretario y alguaciles os conduzcan al calabozo, donde pasaréis no menos de noventa días con sus noventa noches.

**VIEJO.**—Pero, señor gobernador, yo...

**SANCHO.**—¡Callad y salid ya, no sea que considere poco los días de castigo y tome a corregirlos a más!

**VIEJO.**—No, mi señor, no. (*Sale.*)



**SANCHO.**—(*Suenan campanas.*) ¿Y ese redoblar de campanas? Quizá sea algún nuevo festejo por mi toma de gobernador. En las ínsulas parecer ser que el que manda es el último en enterarse.

**CRIADO.**—(*Entrando.*) Señor, mi señor. ¿Oís el repicar de campanas?

**SANCHO.**—Pues, claro; ¿o suponéis, entonces, que soy sordo? Además creo que como gobernador de esta ínsula, se me debía tener al corriente de los festejos que se hagan en mi honor.

**CRIADO.**—¿A qué festejos os referís?

**SANCHO.**—¿No es esa algarabía de campanas si no los nuevos festejos que se harán en mi honor?

**CRIADO.**—Ah, no, mi señor, que cuando en ésta, ahora, vuestra ínsula, repican de ese modo, es el aviso de los centinelas que han avistado las tropas moriscas y es un alerta de guerra.

**SANCHO.**—¿Guerra y tropas moriscas?

**CRIADO.**—Son nuestros enemigos jurados, y siempre hemos de vivir con este sobresalto, bajo amenaza de invasión.

**SANCHO.**— (*Traga saliva.*)Y dígame, hermano: cuando los enemigos entran en una ínsula, ¿qué hacen los gobernadores?

**CRIADO.**—Salir al frente de las tropas. Que es privilegio de su cargo toda la gloria del triunfo o el honor de morir los primeros en la batalla (*Pausa.*) Perdonad, mi señor, pero he de ir a avisar a los insulanos para que estén prevenidos. (*Sale.*)

**SANCHO.**— (*Pausa.*) Pues, si así es el oficio de gobernar, no es el hijo de mi madre el que nació para esto. Si he de mandar ejércitos, y sentenciar pleitos a todas horas para que la una parte se vaya contenta y la otra me saque el pellejo, y vivir con el temor de que me maten enemigos a los que nunca ofendí...

**QUIJOTE.**—(*Entrando.*) Preferible es Sancho caminar libre como el viento, que estar encerrado entre regalos y deleites. Porque a la postre su satisfacción reclaman, y es entonces cuando el arrepentimiento nos aprieta y la nostalgia de los buenos días pasados nos entristece. Has buscado tesoros en lo efímero y ahora descubres que el mayor siempre ha ido contigo...

**SANCHO.**—La libertad... así es mi señor don Quijote. (*Pausa.*) Y si todo esto es gobernar, quédense aquí mis llaves y mis galas, y tómelas el que quiera.

**QUIJOTE.**—Partamos, Sancho, que amanece y no hay mejor momento para disfrutar de los campos castellanos y buscar aventuras allí donde las haya.

**SANCHO.**—Si, mi señor, y de prisa, no vaya a ser que acudan a por mí y me lleven a no sé qué batalla con no sé qué moriscos.

**QUIJOTE.**—Pues, hala. (*Salen por un lateral.*)

**SANSÓN CARRASCO.**—(*Entrando por el lateral opuesto.*) (*Cerciorándose de que no hay nadie.*) Ya estoy otra vez aquí. Soy el Bachiller Sansón Carrasco. Don Quijote y Sancho viene camino de Barcelona. Yo los estoy esperando aquí, junto a esta playa. El cura y su sobrina, cansados ya de verle vagar por esos caminos de Dios, me han encomendado la difícil tarea de hacerlo regresar. Yo, no creáis que me he prestado de buena gana, porque, a pesar de ser viejo y delgaducho, bien que me arreó cuando intenté hacerlo por primera vez. Pero ahora, si vosotros me ayudáis, lo conseguiré. Sólo os pido que cuando os haga una señal todos gritéis: “¡Señor don Quijote”!, él se distraerá y yo podré vencerlo. Y así, derrotado, no le quedará otro remedio que obedecerme. ¿Entendido? Pues pongámoslo en práctica. Aquí llegan.

**QUIJOTE.**—(*Entrando con Sancho.*) ¿Quién sois, caballero?

**SANSÓN CARRASCO.**—Insigne don Quijote de La Mancha, yo soy el caballero de La Blanca Luna, y vengo a contender con vos para hacerle confesar, una vez vencido por la fuerza de mi brazo, que mi dama, sea quien fuere, es sin comparación más hermosa que la vuestra.

**SANCHO.**—Ya empezamos otra vez.

**QUIJOTE.**—¡Mentís! Y yo os haré admitir, derribado por el ímpetu de mi espada, que no hay, ni ha habido, ni habrá, dama más hermosa que Dulcinea.

**SANSÓN CARRASCO.**—Luchemos los dos, don Quijote, y veamos quién tiene razón. Si os venzo, debéis aceptar, además, el retiraros a vuestra aldea sin emprender otra nueva aventura.

**QUIJOTE.**—¡Aceptado queda!

*(Comienza la pelea. En un momento Sansón Carrasco hace señas a los alumnos. Todos gritan "Señor don Quijote!". Quijote los mira y Sansón Carrasco lo lleva al suelo.)*

**SANSÓN CARRASCO.**—¡Vencido sois, caballero, y aun muerto, si no confesáis las condiciones de nuestro desafío.

**SANCHO.**—Por favor, noble caballero, apiadaos de él.

**SANSÓN CARRASCO.**—*(Se descubre el rostro para ser reconocido por Sancho.)* ¡Jamás! ¡Confesad os digo!

**SANCHO.**—*(Le sigue la farsa.)**(A Quijote.)* ¡Confesad, confesad!

**QUIJOTE.**—Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo, y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad. ¡Apretad, caballero, la espada, y quitadme la vida, pues me habéis quitado la honra!

**SANSÓN CARRASCO.**—Eso no haré yo. Siga en su entereza la fama de la hermosura de Dulcinea, que yo me contento con que os retiréis a vuestra casa por el tiempo que por mí fuera mandado.

**QUIJOTE.**—Si no me pedís cosa que resulte en perjuicio de Dulcinea, lo demás cumpliré como caballero. *(A Sancho.)* Vamos, Sancho, regresemos, que no fue mi cobardía, si no mi desdicha la que me obliga a dejar este mundo de aventuras. *(Sale por el centro del forillo. Sancho antes de salir besa la mano agradecido a Sansón Carrasco.)*

**SANSÓN CARRASCO.**—Y así fue como nuestro querido don Quijote regresó a La Mancha, a su aldea y a su casa. Cansado y derrotado durmió y comió todo lo que le vino en gana. Una vez rehecho y asentado en sus cabales mandó llamar a todos y a cada uno de los que en su casa vivían y trabajaban. A nuestro amigo Sancho le hizo colocarse a su diestra, y así, ya todos quietos y atentos, les dijo:

**QUIJOTE.**—(*Entrando.*) Dadme albricias, mis buenos amigos, que ya no soy don Quijote de La Mancha, si no Alonso Quijano. Ya me son odiosas las historias de la andante caballería. Yo fui loco y ahora soy cuerdo, sólo me queda hacer mi testamento y entregar mi alma al creador.

**SANCHO.**—(*Entrando.*) Mis queridos niños, esta es la historia del célebre caballero don Quijote de La Mancha y de su no menos famoso escudero Sancho Panza.

**SANSÓN CARRASCO.**—Escrita por Miguel de Cervantes Saavedra hace ahora cuatrocientos años.

**QUIJOTE.**— Y aquí nos despedimos nosotros.

**SANCHO.**—Esperamos que vuestras señorías hayan tenido a bien escucharnos.

**SANSÓN CARRASCO.**—Pues la historia que hemos dicho.

**QUIJOTE.**—Os puedo asegurar.

**SANCHO.**—¡Qué asegurar: yo lo afirmo!

**SANSÓN CARRASCO.**—¡Más que afirmar, yo lo prometo!

**QUIJOTE.**— Que no hay otra.

**SANCHO.**—Con tanta gracia.

**SANSÓN CARRASCO.**—Tan divertida y alegre.

**QUIJOTE.**—Que puedan contar unos cómicos.

**SANCHO.**—Como los que aquí se os ofrecen.

TELÓN